

el cuerpo de tropas de Vandamme á Nil-Saint-Vicent, y el de Gerard á Sart-á-Vilvain, lo cual equivale á decir que anduvo tres leguas métricas en tres horas y media el primero, y dos en dos y media el segundo. ¿Acaso era esto perseguir á un enemigo derrotado? Mientras marchaban las tropas, el mariscal Grouchy se detuvo personalmente en Sart-á-Vilvain para tomar el desayuno. A su lado se hallaban diversos generales, Vandamme jefe del tercer cuerpo, Gerard del cuarto, Valazé de ingenieros, Valtus de artillería. Súbitamente se oyeron fuertes detonaciones hácia la izquierda, en direccion del Monte de San Juan; pronto acrecentóse el estruendo; no había que abrigar la mas remota duda: Napoleon era, que despues de dar su primera batalla á los prusianos, ahora daba la segunda á los ingleses delante de la selva de Soignes. Por impulso unánime clamaron los asistentes que urgía correr hácia donde se oía el cañoneo. Entre ellos se puso de pie el mas autorizado de todos, así por su carácter como por la gloria adquirida en las últimas campañas, cual lo estaba el general Gerard á todas luces, y dijo con vivacidad al mariscal Grouchy que se desayunaba entonces:—Marchemos al lado del emperador.—Aun siendo de trato fino y aun apacible en sus relaciones privadas, el general Gerard mostrábase fogoso en la guerra, y manifestó su dictámen con un tono de vehemencia nada adecuado á que se le hiciese buena acogida. Dos lugartenientes tenia el mariscal Grouchy en los generales Vandamme y Gerard, que se le creían superiores, y no desaprovechaban las ocasiones de manifestarlo sin rebozo. Predispuesto á la susceptibilidad de resultas, nada bien

le sentaron consejos dados en tan inconveniente forma. A cada nueva detonacion se animaba mas el general Gerard, cuyo convencimiento y cuyo patriotismo le calentaban la sangre ya hirviente de suyo, y todos los generales dábanle apoyo, menos el que mandaba la artillería. Si al mariscal Grouchy llegara el oficial despachado por Napoleon á las diez de la noche, toda cuestion desapareciera virtualmente. Pero el tal oficial no llegó á su destino, segun el mariscal no cesó de ahumar toda su vida, y necesario es darle asenso, pues de otro modo no se comprendiera que hubiese motivo para vacilaciones. ¿Acaso aquel oficial fué capturado, ó se pasó al enemigo? No se ha sabido nunca. En todo caso, el mariscal Grouchy hallábase por consiguiente reducido á las instrucciones verbales recibidas de Napoleon el 17 de junio por la mañana, las cuales le prescribían que persiguiera á los prusianos, y se hallara con el cuartel general en comunicacion continua, de forma de mantenerlos separados de los ingleses. Tanto se derivaban estas instrucciones de la situacion de las cosas, que aun no habiendo sido comunicadas de palabra ni por escrito, se debieran dar por supuestas, pues no se concebía la posibilidad de señalar otro encargo al ala derecha destacada, que el de vigilar á los prusianos y no permitir que se juntasen á los ingleses. Así, tan luego como el cañoneo de Napoleon retumbó en la comarca, lo mas seguro era correr á su lado para cubrirle y embarazar que los prusianos perturbaran sus operaciones contra el ejército de la Gran Bretaña. Bizarro era el mariscal Grouchy y cortés á semejanza de un caballero antiguo, bien que, punti-

lloso y escaso de alcances, á vueltas de su cortesía era testarudo como pocos. Ofendido á causa del tono usado por sus lugartenientes, les respondió con aspereza que se le proponía una maniobra, bien concebida acaso, pero no contenida en sus verdaderas instrucciones; que estas le encomendaban perseguir á los prusianos, y no ir en busca de los ingleses; que, según todas las probabilidades, se hallaban los prusianos en Wavre, y que allí debía marchar en su seguimiento, sin meterse á averiguar si en el Monte de San Juan serían mas útiles sus tropas; que para todo figuraba Napoleón como capitán á quien no era lícito suplir ni corregir en nada. A esto repuso el general Gerard que no se trataba de ampliar, ni de enmendar las instrucciones de Napoleón, sino de comprenderlas en su verdadero sentido; que, al destacar su derecha para seguir á los prusianos, con orden de mantener la comunicacion con el cuartel general de continuo, su intencion evidente era tener á los prusianos á distancia, y su derecha muy cerca para llamarla á sí en caso necesario; que á la sazón no se sabia el paradero de los prusianos á punto fijo, pero que únicamente les podia animar una de dos intenciones, ó la de marchar hácia Wavre para ir de seguida á Bruselas, ó la de encaminarse por el lindero de la selva de Soignes á efectuar su reunion con los ingleses; que en ambos casos lo mas prudente era sin duda correr hacia donde resonaba el cañoneo, pues si los prusianos se habian engolfado por la espesura hacia Bruselas, se ayudaria á Napoleón á destrozar al ejército británico falto de apoyo; y si al revés los prusianos se le habian unido, de esta suerte se ejecutarían de plano y con oportuni-

dad las instrucciones de Napoleón que preceptuaban ir en su seguimiento. Nada habia que replicar á este dilema, que ponía la notable sagacidad militar del general Gerard muy de bulto. Desgraciadamente no cedió el mariscal Grouchy á consejos tan sanos como inconvenientemente emitidos por la forma. Solo en las dificultades de la ejecucion buscó las respuestas. ¿Qué distancia habia de allí al Monte de San Juan ó á la capilla de San Lamberto, ó á Planchenois?... ¿Cuánto tiempo seria menester para llegar á uno de estos puntos?... ¿Y se podia llevar la artillería?... Tales fueron las objeciones que opuso al consejo sensato de ir al fuego. Según las afirmaciones del dueño de la casa donde el mariscal Grouchy tomaba el desayuno, de tres á cuatro leguas distaba el lugar del combate, y esta distancia se podia trasponer en menos de cuatro horas. Sin emplear mas que tres horas y media ó cuatro á lo sumo, se ofrecía á llevarles al Monte de San Juan un guia, por largo tiempo al servicio de los franceses. Al general Baltus, único á quien hallaba el mariscal Grouchy en su apoyo, le saltaba cierta zozobra respecto del transporte de la artillería. Por su parte el general Valazé como jefe de ingenieros afirmó que con sus zapadores allanaria todas las dificultades. Aun añadía el general Gerard que, con tal de que se llevaran algunas bocas de fuego y algunas arcas de municiones se tendria muy suficiente; que á todo se supliria con los cartuchos y las bayonetas de los infantes; que á mayor abundamiento bastaba que la cabeza de las tropas asomase aunque fuera á distancia, para atraer allí una parte de las fuerzas prusianas, y para sacar al emperador de apuro, si lo padecía

en efecto, ó para completár su triunfo, si no corría ningún peligro. Durante este debate, que se animaba por momentos, el cañon retumbaba con mayor estampido, y se manifestaba la misma emoción en las filas de los soldados. Solo que entre ellos no se suscitaban contradicciones, pues todos preguntaban por qué no se les conducía al fuego, por qué se dejaba su valor ocioso, mientras que tal vez sucumbían sus camaradas, ó se les escapaba el enemigo por falta de un socorro de algunos miles de hombres. Cada detonación hacia palpar fuertemente los corazones y arrancaba gritos de impaciencia á aquella inteligente y heroica muchedumbre.

Sin duda conviene desconfiar de los ímpetus del soldado, y según Napoleón ha dicho textualmente, cuando se la ha dado oídos, tantos desaciertos ha hecho cometer la soldadesca á los generales, como la multitud á los gobiernos, lo cual significa á las claras que hay que preservarse de todo género de arrebatos. Pero ahora la razón estaba acorde con el instinto de las masas. A la sazón eran las once y media; con partir á medio día lo mas tarde, según se ha visto por nuestro doloroso relato, aun habia horas para ser de provecho. En Nil-Saint-Vicent se hallaba el cuerpo de tropas de Vandamme por ser el mas avanzado, sin distar de Sart-á-Vilvain, donde el cuerpo de Gerard habia llegado, mas que una legua corta. Los dragones de Exelmans pisaban ya las márgenes del Dyle. Desde Nil-Saint-Vicent se podia muy bien ir al puente de Moustier, que por una imprevisión feliz para los franceses, no estaba custodiado por el enemigo, lo cual era natural á todas luces, pues viéndose

perseguido hácia Wavre, no se habia creído en la necesidad de ocupar otros puentes que los mas cercanos á este punto. Cruzando el puente de Moustier y sin mas que tomar el cañoneo por norte, se llegara á Maransart, frente por frente de Planchenois, al borde mismo de la hondonada por donde llevaba su curso el arroyo de Lasne, y donde el conde de Lobau se hallaba con Bulow en lucha. De esta suerte se cañera detrás de los prusianos, é infaliblemente se les precipitara á lo hondo del barroco, y se les destruyera de seguida, como que para salir de aquel atasco necesitaran volver á atravesar los bosques, por cuya espesura habian penetrado tan dificultosamente. Ahora bien, de Nil-Saint-Vicent á Maransart solo se contaban cinco leguas métricas á lo sumo, ó cuatro leguas regulares: fijamente en andar tal distancia no tardaran soldados llenos de ardimiento mas de cuatro ó cinco horas, como lo patentiza el hecho de que de Gembloux á la Barraca, distancia análoga á la de Nil-Saint-Vicent á Maransart, no tardó el cuerpo de Vandamme ni cinco horas, pues salido del primer punto á las ocho de la mañana ya estaba en el segundo á las dos de la tarde, trás de numerosas paradas y de una muy larga en Nil-Saint-Vicent sobre todo, que mas de una hora le retrasaron de positivo. Bueno es añadir además que por los caminos de Gembloux á la Barraca ya habia transitado el ejército prusiano, y por consiguiente estaba malísimo el piso, y que por las vias transversales en dirección de Maransart nadie habia pasado recientemente, y eran caminos vecinales muy espaciosos y en buen estado. Para hacer esta travesía las gentes del pais hablaban de tres horas y

media ó cuatro. Aun contando cinco horas, que eran muchas para tropas animadas de indecible celo, se tiraba muy de largo, y con todo, partiendo á medio día, se llegara á las cinco de la tarde. Una hora despues llegara el cuerpo de tropas de Gerard sin duda, esto es, á las seis de la tarde; pero el efecto fuera producido desde la aparicion de Vandamme, y Gerard lo completara del todo. Ahora bien, segun se ha visto mas arriba, á las cinco no habia aun hecho mas Bulow que cruzar algunos sablazos con la caballeria de Dorn y de Subervic. Con el cuerpo de tropas del conde de Lobau no vino hasta las cinco y media á las manos: á las seis lidiaba con la Joven Guardia, y á las siete con la Vieja; y como á las siete y media aun no estaba decidido nada, seis ó siete horas hubieran tenido para llegar en tiempo oportuno. Todavía cabe afirmar que asomando á las seis de la tarde sobre el lugar de la lucha, ciertamente produjera mayor efecto que la aparicion allí una hora antes, pues se hallara á Bulow empeñado, y le destruyera totalmente con precipitarle al abismo del arroyo de Lasne. ¿Por ventura hay quien no conierba el efecto que á los soldados franceses causara espectáculo semejante y el que hiciera sobre los ingleses en sentido contrario, y cuánta fuerza comunicara á los veinte y tres batallones de la Guardia, ya disponibles de resultas, y lanzados sobre el extenuado ejército británico á un mismo tiempo?

A la verdad el mariscal Grouchy no podia adivinar todos los servicios, que estaba llamado á prestar en tal coyuntura, pues habia ejercido sobre los prusianos muy poca vigilancia para estar al

tanto de sus designios; pero el dilema del general Gerard subsistia siempre; ó hácia Napoleon iban los prusianos, y entonces situándose á su derecha se ejecutaban sus instrucciones, consistentes en seguirles sin descanso la pista, y estar con el cuartel general en comunicacion de continuo; ó tomaban la direccion de Bruselas, y entonces lo de descuidarlos á todas luces importaba poco, pues se obtenia el verdadero resultado, que era el de aniquilar al ejército británico por completo.

Pero el mariscal Grouchy sin ventura no quiso dar oidos á ninguna de estas razones, y no obstante el despecho de sus lugartenientes, y á pesar de los arrebatos del general Gerard, se obstinó en proseguir la marcha hácia Wavre.

Precedidas por la caballeria de Exelmaus continuaron las tropas de Gerard y de Vandamme su movimiento, y las del segundo llegaron algo antes de las dos de la tarde al sitio denominado la Barraca. De instante en instante la evidencia subia de punto en el camino: efectivamente por entre los claros de los bosques se divisaba lo que acontecia á las márgenes opuestas del Dyle, viéndose columnas prusianas, que hácia el Monte de San Juan se encaminaban á todas luces. Así lo envió á decir el general Berthezène, gefe de una de las divisiones de Vandamme, al mariscal Grouchy, que á pesar de tales avisos no mudo de consejo. Sin embargo, indicada estaba la determinacion que se debia tomar al presente, y que tambien tuviera consecuencias felices; aunque no en tanto grado como las de la marcha sobre Maransart en derechura. A los ojos saltaba que, de persistir en continuar el movimiento á Wavre, se iba á encontrar á los prusia-

nos solidamente establecidos detrás del Dyle, y que para venir con ellos á las manos habria que atravesar este rio, de muy difícil paso por aquel punto, por lo cual no se efectuaría sin mucha efusion de sangre, que se debia economizar á toda costa. Nada más obvio de consiguiente que pasar el Dyle por Limal ó por Limelette, cuyos puentes mas cercanos, y con escasa defensa, se cruzarian de seguida y sin grande esfuerzo, y ya á la opuesta orilla, se estaria á la vista de los prusianos, sin obstáculo de ninguna especie, y en disposicion de ir en su seguimiento, por donde quiera que emprendiesen la marcha. Indudablemente fuera mejor que desde por la mañana se hubiese efectuado el paso del rio, pues de ésta suerte se llenarían la par todas las instrucciones, que recomendaban lo de mantenerse de continuo tras la buella de los prusianos, y con el cuartel general en comunicacion no interrumpida; pero aun era tiempo á las dos de la tarde, pues se les sorprendiera en la marcha, y se cayera casi perpendicularmente sobre su flanco izquierdo, lo cual compensara la inferioridad del número en gran parte, y cuando menos se consiguiere positivamente detener los cuerpos de tropas de Pich Ley y de Ziethen, únicos que causaron el desastre de los franceses, segun se ha visto antes. Para nada tuvo el mariscal Grouchy tales consideraciones en cuenta, aun cuando se le señalasen cuerpos prusianos en dirección del punto de donde arrancaba el cañoneo, y prosiguió su marcha hácia Wavre, llegando allí á cosa de las cuatro. Nada satisfactorio era el espectáculo que se ofreció á su vista para un militar de algun seso. Delante de los ojos tenia el cuerpo de tropas de Thielman,

compuesto de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, fuertemente establecido dentro de Wavre, y en proporcion de hacer cara á un ejército doble ó triple durante un dia entero. ¿Y que hacer á la vista de posicion semejante? Atacar á Wavre equivalia á esponerse á perder sin duda muchos hombres, para no tomar aquel puesto, segun todas las probabilidades, interin se daba tiempo suficiente de que al Monte de San Juan llegaran sesenta mil prusianos: no hacer nada era como asistir con los brazos cruzados á la consumacion de sucesos decisivos, sin cumplir ninguna de sus instrucciones. Con todo, de hacer algo, lo mejor era todavia desandar camino, para apoderarse de los puentes de Limal y de Limelette, por delante de los cuales se habia pasado, sin pensar en ocuparlos siquiera, y que de seguro opondrian mucha menor resistencia que el de Wavre. Todas estas observaciones hizo el general Gerard al mariscal Grouchy, que, siempre obcecado en su porfia, al ver á los prusianos en Wavre, y al comprender que le estaba mandado ir en su seguimiento, se obstinó en que los debia atacar al punto alli donde los daba alcance. Nunca se vió ejemplo de semejante ceguera mental en la historia.

A la sazón llegó al cabo el oficial polaco Zenowicz, que debió partir á las diez y media de la Bella Alianza, que por culpa del mariscal Soult hasta una hora despues no se puso en camino, que por no caer prisionero hubo de retroceder á los Cuatro Brazos, y de los Cuatro Brazos fué á Sombreffe, de Sombreffe á Gembloux, de Gembloux á Wavre, y que por consecuencia de las lentitudes del mayor general y de tener que dar rodeos, no se pudo pre-

sentar al mariscal Grouchy hasta las cuatro de la tarde. Portador era del mensaje ya mencionado, y que desgraciadamente aun se resentia de ambiguo.

Tras de consignar que las tropas prusianas iban en direccion de Wavre, el mayor general añadia lo siguiente. —

«El emperador me manda preveniros que en este momento S. M. va á ordenar el ataque del ejército inglés, que ha tomado posicion en Waterloo, cerca de la selva de Soignes. Asi S. M. desea que dirijais vuestros movimientos sobre Wavre, á fin de aproximaros á nosotros, de ponerlos en relacion de operaciones, y de enlazar las comunicaciones, empujando por delante á los cuerpos del ejército prusiano que hayan tomado esa direccion y se puedan detener en Wavre, á donde debereis llegar cuanto antes os sea posible. Hareis que algunos cuerpos ligeros sigan á las columnas enemigas, que han echado por vuestra derecha, á fin de observar sus movimientos, y de recoger sus rezagados. Inmediatamente dadme parte de vuestras disposiciones y de vuestra marcha, casi como de las noticias que adquirais sobre el enemigo, y no olvideis lo de ligar vuestras comunicaciones con nosotros. El emperador desea recibir noticias vuestras muy á menudo.»

Interpretado este despacho, de ambigüedad deplorable en su verdadero sentido, y segun la situacion de las cosas, no significaba mas sino que, en lugar de seguir el camino de Lieja, por donde un momento se habia divisado á los prusianos, ya urgia trasladarse á la carretera de Bruselas, donde se sabia que estaban de positivo, lo cual se expresaba

en su texto por la indicacion general de Wavre. Esto no queria decir de cierto que Wavre fuera precisamente el fin á que se enderezaban las instrucciones, puesto que las palabras, *á fin de aproximaros á nosotros y de ponerlos en relacion de operaciones*, acompañadas de la recomendacion terminante y enunciativa dos veces de enlazar con el gran cuartel general las comunicaciones, ya revelaban la idea de hacer que el cuerpo de Grouchy concurriera á la accion principal. En todo caso el comentario verbal del oficial Zenowicz no podia dejar ninguna duda. Segun se ha visto, volviéndose Napoleon á la derecha y señalando al horizonte, le dijo éstas ó semejantes palabras: — *Grouchy marcha en esa direccion; por ahí ha de venir; le espero; daos prisa á ir en su busca, y no le dejéis hasta que vaya á desembocar sobre nuestra linea de batalla.* — Fijamente es forzoso estar ciego para resistir á tales indicaciones. En sentido general se mencionaba á Wavre sin duda, significando la direccion de Bruselas en contraposicion á la de Lieja; y lo que es el punto adonde se debia ir á parar en la jornada, de sobra estaba indicado por el estado presente de las cosas, por los ademanes de Napoleon y por sus palabras, y por el envio del oficial Zenowicz con el despacho. Pero en el doble mensaje verbal y escrito, no vió el mariscal Grouchy mas que la orden de caer sobre Wavre sin demora. — Razon tenia yo en querer marchar sobre Wavre, dijo á sus lugartenientes. — Fuera de sí el general Gerard, y con tono y ademán violentos hasta lo sumo, le apostrofó en la siguiente forma: — *Bien te dije yo que, si éramos perdidos, tú solo tendrías la culpa.* — A tal apóstrofe siguieron los

mayores insultos, y el ayudante Zenowicz se retiró de seguida, por no añadir con su presencia mayor gravedad á esta escena. El mariscal Grouchy se mantuvo en su porfía, y como para atenerse mas todavía á sus instrucciones, inmediatamente ordenó un ataque vigorosísimo contra Wavre.

Encargado fué el cuerpo de tropas del general Vandamme de este ataque, y lo comenzó al punto; pero los prusianos estaban apostados de modo de hacer infructuosas todas las tentativas de los franceses. Sobre el puente de Wavre arrojóse la división de Habert y lo cubrió en un instante con sus muertos sin lograr que se moviera ni levemente el enemigo. Algo detrás de Vandamme iba el cuarto cuerpo de tropas: al tiempo de su llegada, el general Gerard su gefe, teniendo el presentimiento de que á la sazón sucumbia el ejército francés por falta de socorro, se lanzó á la desesperada sobre el molino de Bierges, donde habia un puente situado algo mas arriba que el de Wavre, y allí se portó de tal manera que puso de manifiesto en cuan poco tenia la vida. Este general ilustre, que salvara á Francia, si se dieran oídos á sus consejos, allí buscaba la muerte, y estuvo á punto de encontrarla al cabo. Al suelo cayó con el cuerpo atravesado por una bala, sin que fuera tomado el puente.

Entretanto oíase cada vez mas terrible el cañoneo de Waterloo, y todos estaban convencidos de que se perdía una sangre preciosa delante de posiciones, cuya toma era imposible y sin fruto, despues de dejarse á la izquierda los puentes de Limal y de Limélette, por los cuales se pasara ciertamente con facilidad cuatro horas antes, para llevar al grande ejército un decisivo socorro. Asi

durante el curso del dia por tres veces se pudo salvar á Francia: primera, partiendo á las cuatro de la mañana de Gembloux con el fin de cruzar el Dyle, lo cual obligara á los franceses á ver y á seguir los movimientos de los prusianos; segunda, adoptando á medio dia el partido de marchar de Sartá-Vathain á Maransart, lo cual les permitiera llegar á las cinco á este punto, y estar á espaldas de Bulow á las seis á lo sumo; tercera, cruzando los puentes de Limal y de Limélette á las dos de la tarde, cuando se divisaban cuerpos de prusianos, que iban de marcha hacia el Monté de San Juan, lo cual les proporcionara la ventaja de retener á Pirch y á Ziethen cuando menos; y cada una de estas tres veces cerró los ojos á la luz el gefe del ala derecha. ¡Evidente era que la Providencia habia condenado á los franceses, eligiendo al mariscal Grouchy por instrumento de su castigo! ¡Y el desdichado, pues no cesaremos de llamarle de este modo, obraba de buena fe sin duda! Su único sentimiento reprehensible era el de juzgar los consejos de sus lugartenientes, de results de la disposicion de su espíritu, mas bien por la forma que por la esencia.

Finalmente la venda fatal cayó de sus ojos á las seis de la tarde, con la llegada del oficial enviado del cuartel general á la una, despues de interceptada la carta de Bulow, con un nuevo despacho explicativo del precedente, y demostrando que, no una designacion precisa, sino una designacion general era la de Wavre, y que solo se debia estar á la mira del punto ocupado por el ejército francés y de la situacion en que se hallaba entonces, para unirsele de seguida, y caer á espaldas de los pru-

sianos, que de cierto serian destruidos, si se les cogia entre dos fuegos.

Aclarado el pensamiento del mayor general de esta suerte, al fin penetró en el cerrado espíritu del mariscal Grouchy. Entonces ya no anduvo en vacilaciones, pero ya era pasada la hora de servir de provecho. Napoleon habia sucumbido, y aun delante de Wavre el general Gerard habia caído con muchos valientes, sin ventaja alguna para la salvacion del ejército y de Francia.

Inmediatamente el mariscal Grouchy expidió órdenes á fin de que los puentes de Limal y de Limelette fueran ocupados. Detrás tenia al general Pajol, á quien por la mañana habia enviado con su caballería ligera y la division de Teste en direccion de Lieja, para perseguir todavía á los prusianos por este lado, y que habia ya vuelto, después de haber andado cerca de doce leguas en el curso del día, prueba evidente de que para andar cinco ó seis bastara de fijo con medio. Encargo le dió el mariscal Grouchy de apoderarse del puente de Limal, y ejecutólo sin dificultad alguna, como que allí no tenian los prusianos mas que débiles retaguardias. Pero á la hora en que fué tomado este puente ya no se oía el estruendo de los cañones, y la calma de la muerte pesaba sobre la comarca toda. Para su consuelo se complació el mariscal Grouchy en dar por supuesto que la batalla de Waterloo se habia ganado; y lo dijo así á sus lugartenientes. ¡Necesidad experimentaba de hacerlo de este modo, necesidad muy concebible, y que honraba á su corazón, ya que no honrase á su talento! Pero nadie participaba de esta confianza. Pos-

trado por una herida, que se creyó mortal entonces, el general Gerard no tenia mas pensamiento, resignado á la muerte, que el de que habia sucumbido Francia, y de resultas padecia mas que de su herida. Después de pasar la mas triste noche, al despuntar la siguiente aurora todos estaban en pie desde el puente de Limal hasta Wavre, con impaciencia de saber los sucesos del día precedente, pues sobre toda la llanura y especialmente en direccion del Monte de San Juan seguia aun reinando siniestro y pavoroso silencio. Al cabo llegó el oficial salido de Charleroy á las once de la noche, con la noticia del desastre y la órden para emprender sobre Namur la retirada. En el semblante del mariscal Grouchy retratóse la consternacion de un hombre de bien que se ha engañado y que aspira á justificarse de lleno, y así dijo á sus generales, que le miraban sobradamente doloridos, para que se mostraran airados:—Señores, cuando conozcais mis instrucciones, os convencereis de que no podia proceder sino como he procedido.—No se le replicó nada, y á la verdad no era ocasion de entrar en disputas. Sobremanera urgía salir de la especie de trampa en que estaban cogidos, como separados de los restos del ejército francés por dos ejércitos victoriosos. Con las fuerzas que tenia á la mano, el gefe del ala derecha tomó el camino del Monte de San Guiberto y de Namur en seguida, y mandó á los cuerpos de tropas de Vandamme y de Gerard que por Gembloux se dirigieran al mismo punto. ¿Pero qué seria de estos treinta y cuatro mil soldados, si á los ciento cincuenta mil hombres victoriosos y guiados por el duque de Wellington y el mariscal Blucher encontraban en todo ó en parte?



Tales fueron los sucesos en ambos teatros de operaciones durante esta jornada funesta del 18 de junio de 1815, que los ingleses llamaron batalla de Waterloo, porque el boletín fué datado en la aldea de este nombre, que los prusianos llamaron batalla de la Bella Alianza, porque allí fué donde sostuvieron la pelea, que Napoleon llamó finalmente batalla del Monte de San Juan, porque allí fué donde el ejército francés obró prodigios, y que nosotros calificamos de batalla de Waterloo, porque así lo ha establecido el uso, soberano en materia de apelaciones. Fáciles son de avalorar así los desaciertos como los méritos en esta funesta jornada por todo el que exento de prevenciones aplique á juzgarlos las simples luces del buen sentido.

Ya se han visto las razones que tuvo Napoleon para tomar la ofensiva contra Europa nuevamente coaligada, y ciertamente estas razones eran de gran peso. A más de cien leguas marchaban una de otra las dos columnas invasoras, á las órdenes del príncipe de Schwarzenberg la del Este, y bajo el mando del duque de Wellington y del mariscal Blücher la del Norte, con la circunstancia de estar la primera atrasada un mes relativamente á la segunda. Así estaba muy indicado lo de aprovechar que se hallaran separadas por la distancia y por el tiempo, como que en esperarlas y en dar lugar á que maniobrasen juntas habia el inconveniente de obviar la invasion de las mejores provincias de Francia, despues de tomarlas sus ciudadanos más útiles para la formación de las guardias nacionales movilizadas; y tambien habia el peligro de dejar que se vinieran encima quinientos mil hom-

bres, pues, aun cuando se tuviera á la espalda á París con buena defensa, y se contarán doscientos cincuenta mil hombres para maniobrar en su contra, á la verdad era cosa muy aventurada permitir que se juntase masa tan enorme, cuando se la podía acometer antes de que su formación se llevase á cabo. Además el plan de la ofensiva no excluía posteriormente el de la defensiva de ningún modo. Con efecto, si despues de aspirar á repeler la invasion, se hacia forzoso retroceder más acá de la frontera, no tendrían fundamento para quejarse las provincias abandonadas al enemigo, y á no ser que un desastre extraordinario señalara los principios de la campaña, se podría operar el paso de la ofensiva á la defensiva como por capitanes mucho menos hábiles que Napoleon se opera todos los dias en la guerra.

Por consiguiente plan muy juicioso y que no merecerá censura de la posteridad, era el de haber querido aprovechar la distancia de lugar y de tiempo, que separaba á las dos columnas invasoras, para ver de destruir á la del Norte antes de la llegada de la del Este. Pensamiento sumamente profundo, y que lejos de merecer la censura de la posteridad, será objeto de su admiración sin duda, era el de concebir que entre los ingleses y los prusianos, á pesar de su interés en mantenerse juntos, por causa de la diversidad de sus puntos de partida, como procedentes de Bruselas los unos, y de Lieja los otros, siempre habria un sitio por donde no estuviese bien trabado el enlace, y por donde habria posibilidad de situarse entre ellos, con el fin de separarlos y de combatirlos á unos despues de otros. Adivinando esta circunstancia con la do-

ble sagacidad del genio y de una experiencia sin par en el mundo, y engañando al enemigo por medio de las mas hábiles demostraciones, en el espacio de cinco ó seis dias logró Napoleon concentrar sus cuerpos de tropas, que partian de Metz los unos, de Lila y de París los otros, y de suerte de reunir junto al bosque de Boumont el 14 de junio por la noche hasta ciento veinte y cuatro mil hombres y trescientas bocas de fuego, sin que nada echasen de ver los prusianos, cuyas avanzadas no distaban mas que dos leguas. Luego el 15 de junio por la mañana cruzó Napoleon la banda de árboles y arbustos que le ocultaba al enemigo, y apoderóse de Charleroy á la vista de los prusianos y de los ingleses, y por la noche tomó posicion entre los dos ejércitos aliados, pasmados y confusos ante su aparicion repentina. Nada semejante ofrece la historia de la guerra, como seguridad, precision y fortuna en el resultado.

Solo una cosa fué de sentir en esta jornada, que Ney, el intrépido Ney, careciera de osadía en los Cuatro Brazos, y no se apoderara de este punto, de forma de separar irrevocablemente á los ingleses de los prusianos. Pero bastante separados se encontraban ya virtualmente, porque acometidos los prusianos por Napoleon se iban á ver obligados á dar batalla sin los ingleses, y á otro dia aun seria tiempo de ganar los Cuatro Brazos, y de enmendar la falta por Ney cometida.

Asi hasta ahora el éxito habia correspondido á la grandeza y á la profundidad de las combinaciones. Por atacar á los prusianos, que estaban delante, se debia comenzar el 16 de junio, y ya batidos, de seguida lanzarse sobre los ingleses. ¿E

importaba absolutamente efectuarlo mas bien por la mañana que por la tarde? No cabe la menor duda respecto de que, si en politica siempre conviene ir con pies de plomo, al revés en la guerra poca es toda prisa, dado que cuanto antes se logra el resultado, mas pronto se está á cubierto de los caprichos de la fortuna. Pero en la guerra existen mas que en todo ciertas dificultades materiales, á que hay que obedecer por fuerza. Aqui se tropezaba con una, ante la cual habia que ceder inevitablemente, la de hacer que entraran en línea las tropas, como que á pesar de la velocidad con que el dia anterior se habia andado, ni el sexto cuerpo, ni la Guardia, ni los coraceros, ni los parques habian podido aun cruzar el Sambra, Gerard no habia hecho mas que llegar á su orilla, y Erlon solamente habia avanzado despues de cruzarlo, una legua. Además se necesitaba tiempo con el fin de llevar las tropas al campo de batalla de Fleurus, y mientras marchaban hácia este punto, Napoleon tenia espacio para recibir los partes de sus avanzadas, y para convertir en certidumbre lo que hasta entonces no era mas que adivinación del genio. Por estos motivos perentorios daba por la tarde la batalla de Ligny en vez de darla por la mañana, y con tanto fruto era ganada á una hora como á otra, pues hasta las nueve duraba el dia en junio, y de tres á nueve habia tiempo muy sobrado para degollarse y alcanzar una gran victoria.

En cuanto al plan y á la ejecucion de la batalla no cabe cuestionar que fueron cual se debia esperar de un capitán consumado. Acabándose de establecer los prusianos en las aldeas de Saint-Amand y de Ligny para cubrir la gran calzada de Namur á

Bruselas, que formaba su punto de enlace con los ingleses, y volviendo así la espalda á las tropas francesas dirigidas sobre los Cuatro Brazos, Napoleón atacó á Saint-Amand y á Ligny con vigor sumo, previniendo á Ney que se apoderara de los Cuatro Brazos cuanto antes, y de seguida enviara un destacamento para coger de revés á los prusianos. Prisionera quedara la mitad del ejército de Blücher si esta orden fuera ejecutada. Pero habiéndose hecho tímido el mariscal Ney á semejanza de todos los generales franceses, no ante el enemigo, sino ante la fortuna, desalentado por los consejos del general Reille á mayor abundamiento, se anduvo todo el día en vacilaciones, perdiendo la mañana, durante la cual pudo arrancar la posición de los Cuatro Brazos á unos cuantos miles de hombres, que á la sazón estaban en su custodia, y después acometiéndolos con denuedo cuando había pasado el tiempo oportuno, esto es, cuando eran cuádruplessos fuerzas, y para enmendar su falta atrajo á sí al conde de Erlon, á la par que Napoleón le llamaba á su lado, y así le hizo inútil en todas partes, y sin vencer á los ingleses impidió que Napoleón destruyera completamente á los prusianos. Privado Napoleón de los cuerpos de tropas que habían de coger al enemigo por la espalda, no se desconcertó á pesar de todo, y antes bien ideando una nueva maniobra, con la Guardia cortó mas arriba de Ligny á la línea prusiana, ya que tomarla de revés se hizo imposible, y al fin alcanzó una victoria brillante y de gran monta. Con efecto, si á causa de pasar la jornada el conde de Erlon en estériles idas y venidas, solo estaban derrotados los prusianos, en lugar de quedar destruidos del

todo, lo bastante quedaba sin duda para que les pudiera hacer cara un fuerte destacamento, mientras el ejército iba en demanda de un choque decisivo con los ingleses. Si Ney con su falta dejó escapar la ocasión propicia de destrozar á los ingleses en los Cuatro Brazos, á lo menos opuso una resistencia heroica á sus esfuerzos por comunicarse con los prusianos, y les embarazó que se estableciesen sobre la calzada de Namur á Bruselas, y obligóles á hacer alto para emprender á otro día la retirada. Por tanto, á pesar de los incidentes siempre frecuentes en la guerra, y aun mas cuando todas las cabezas andaban algo trastornadas, lo mismo el 16 de junio que el día anterior aun lograba el plan de Napoleón muy feliz suceso, pues de una parte los prusianos vencidos en una gran batalla, y de otra los ingleses contenidos en un encarnizado combate, se veían forzados á ejecutar una retirada divergente, entre ellos quedaba el ejército francés situado en masa, y á semejanza de los prusianos se iban á ver los ingleses constreñidos á aceptar una batalla separada al día siguiente ó al otro.

No era posible emprender la marcha el 17 de junio al despuntar la primera luz del alba con tropas que á las nueve de la noche aun andaban á las manos con el enemigo, y que acababan de vivaquear en medio de treinta mil cadáveres y sin comer siquiera el rancho. No obstante, Napoleón perdió el menor tiempo que le fué posible: en movimiento puso al conde de Lobau por no haber lidiado, á la Guardia porque solo había combatido parte de ella, á los coraceros que no habían dado ni un sablazo: á los cuerpos de Vandamme y de

Gerard, vencedores y no poco abrumados de fatiga, les destinó á vigilar de cerca á los prusianos; y empujó su centro hacia el mariscal Ney para formar con su masa las tropas que se las iban á haber con el ejército británico de seguida. Pero para hacer que avanzaran estas tropas, se necesitaba primeramente que Ney desfilara por los Cuatro Brazos, como que habia de componer la cabeza de la columna. Y lleno este mariscal de aprensiones el 17 de junio como el dia precedente, no se movia ni un paso, creyendo siempre tener encima á la totalidad de los ingleses. Necesario se hizo que Napoleon fuera con el conde de Lobau, y la Guardia y los coraceros, á sacarle al fin de zozobras, y solo entonces determinóse á emprender el movimiento de avance, esto es, á las once de la mañana. Tras de perderse así toda, parte por la fatiga de las tropas, y parte por los retrasos de Ney, se perdió la tarde á causa de una tempestad horrible, que dejó á los dos ejércitos paralizados, porque cuando asoma el poder de la naturaleza se desvanece el de los hombres por magna que sea su pujanza. Así los logartenientes de Napoleon por la mañana, y la naturaleza por la tarde, le arrebataron todo el dia 17 de junio. ¿Pero acaso era el tiempo la consideracion decisiva en esta jornada? No ciertamente. Despues de batir á los prusianos, sin duda convenia batir á los ingleses, y mejor cuanto más pronto, si bien para batirlos se necesitaba encontrarlos, y de la voluntad del duque de Wellington y no de la de Napoleon dependia que este encuentro se efectuase al cabo. Separando á Napoleon de los ingleses como media jornada, mal podia contar con darles alcance, y si querian bata-

lla, de fijo les encontraria delante de la selva de Soignes sin necesidad de darse prisa, á no ser que pusieran de por medio la tal espesura, en cuyo caso la batalla se hacia imposible de todo punto. ¿Y la querian dar acaso? Napoleon lo deseaba ardentemente, por la imposibilidad de seguirlos mas allá de Bruselas, cuando su presencia iba á urgir muy pronto en Champaña, y porque lo de abandonar su seguimiento, sin haberlos batido, no equivalia á menos que al trastorno de todos sus planes. Pero por grande que fuera su deseo, de ningun modo les podia tomar la delantera á la entrada de la selva de Soignes para obligarles á la batalla. Su único recurso era á todas luces el ardimiento de Blucher, la ambicion del duque de Wellington, y no una celeridad de marcha, que el cansancio de las tropas, las vacilaciones de Ney y una horrible tempestad, hacian imposible, y que la proximidad de la selva de Soignes hubiese hecho tambien infructuosa.

De consiguiente el tiempo no era la consideracion importante en el dia 17 de junio. ¿Pero si no hubo falta acerca del empleo del tiempo, la hubo acaso relativamente á la distribucion de las fuerzas? Con la anterior exposicion de los hechos ya se halla el lector en aptitud de juzgarlo por sí propio. ¿No era acaso lo mas sencillo, despues de vencidos los prusianos, que se enviara detrás un destacamento bastante fuerte para vigilarlos de cerca, y contenerlos á todo trance, y aislarlos de los ingleses, mientras con estos fuese la lucha? ¿Por ventura habrá hombre de seso, á quien ocurra la especie de que no habia para qué cuidarse de los prusianos, sino dejarlos á sus anchas, limitándose á

soltar detrás de sus huellas alguna caballería, para que estuviera a la vista de cuáles eran sus designios, sin imposibilidad de estorbarlos de ningún modo? ¡Ah! fijamente, si se supone en el mando del ala derecha de los franceses, una ceguera sin igual en la historia, una ceguera tal que permitiera á los prusianos en número de ochenta mil hombres operar delante á su antojo, y hasta abrumar á Napoleon, su vencedor, sin oposición alguna de la tropa encargada de ir en su seguimiento, razón habrá para decir que el destacamento del ala derecha fué una falta; pero suponiendo en el que la dirigia nada mas que el instinto de que dieron muestras inequívocas los soldados rasos, se comprenderá que al destacarla con tal destino se hizo una cosa, no sólo en regla, sino necesaria de todo punto, y que no debía privar al ejército de su ayuda, porque encerrados todos en un ámbito de cuatro ó cinco leguas, donde todos habian de oír el cañon de todos, no era ciertamente de creer que los treinta y cuatro mil hombres del mariscal Grouchy se perdieran hasta el extremo de no volverlos á encontrar sino despues de una catástrofe espantosa.

No admite la mas leve duda que el destacamento de Grouchy era necesario, y dictado á tenor de las reglas y de la situación y del mas vulgar buen sentido. Acerca de la significacion de las instrucciones recibidas, ciertamente pueden existir pareceres encontrados: sin embargo, hay una orden terminante, y sobre la cual no cabe divergencia, porque les hubiera ocurrido á los soldados de filas, y era la de seguir á los prusianos, sin perderles de vista un solo instante, é impedirles que maniobraran de modo de volverse á juntar con los ingleses, co-

mo que el plan á alcance de todos estribaba en lidiar separadamente con cada uno de los dos ejércitos enemigos. Por muchas hipótesis que se amontonen de intento, semejante orden no la dictaba Napoleon, sino la situación de las cosas, y hay una prueba irrefragable de que la tal orden bien ó mal dada (y dadas malas no lo tenia Napoleon por costumbre), tanto entró en la mente del mariscal Grouchy que, escribiendo á Napoleon el 17 de junio por la noche, le decia estas palabras textuales:—Estoy en persecucion de los prusianos, y me dedicaré á mantenerlos alejados de los ingleses.—Así en la mente del jefe del ala derecha no habia ni sombra de equivocacion ó mala inteligencia respecto del verdadero sentido de sus instrucciones.

Pero desde los principios engañóse el mariscal Grouchy acerca de la direccion de los prusianos, dado que por el camino de Namur los supuso en retirada. Este error era muy excusable, y no tuviera consecuencias, si obrara como aconsejaba la cordura, enviando caballería ligera sobre las tres direcciones posibles del Monte de San Guiberto, de Gembloux y de Namur, y yendo con su infantería por el camino de Gembloux, á causa de estar en medio de los otros. Presto le sacaran de dudas los trigos tronchados al tránsito de los prusianos, y se convenciera de que se retiraban, no hácia las márgenes del Rhin, sino hácia Wavre, esto es, en direccion de donde se hallaban los ingleses. Así lo comprendió al cabo, aunque conservando respecto de Namur una sospecha ya intempestiva, de suerte que el dia primero hasta muy tarde no hizo que marchara á Gembloux su infantería. Por tanto, mientras que Napoleon no pudo emplear el 17 de

junio sobre el camino del Monte de San Juan de otra manera, casi lo perdió completamente el mariscal Grouchy sobre el camino de Wavre.

Pero pudiéndose poner en movimiento el 18 de junio desde las cuatro de la mañana, teniendo diez y siete horas de día para trasladarse adonde fuera de su agrado, estando encerrado dentro de un espacio en el cual unos estaban de otros á distancia de cuatro ó cinco leguas, el mariscal Grouchy se hallaba en proporcion de repararlo todo. Desgraciadamente no expidió sus órdenes sino entre seis y siete de la mañana, y como no habia provisto á la distribucion de raciones, hasta las ocho, las nueve ó las diez no emprendieron la marcha sus tropas. Sin embargo, nada habia aun perdido, ni siquiera comprometido entonces, puesto que bastaban cinco horas para trasladarse al punto mas extremo de aquel teatro de operaciones, sin mas que tomar por guia el cañoneo.

Mientras el ala derecha destacada era conducida con tan poca actividad y seguridad de miras, Napoleon se apercibia con el ala izquierda y el centro á dar su segunda batalla, que iba á decidir su suerte y la de Francia. Este encuentro, que tanto habia deseado y con tanto fundamento, puesto que le convenia batir á los ingleses despues de haber ya batido á los prusianos, para revolver á toda prisa contra los austriacos y los rusos, así el hirviente patriotismo de Blücher como la noble ambicion del duque de Wellington se lo iban á ofrecer de seguida. A uno y á otro les vino á justificar el resultado, pero, segun lo ha dicho Napoleon con su habitual grandeza de lenguaje, la posteridad se les mostrará menos indulgente, dado

que, si la fortuna no les deparara en la ceguera del mariscal Grouchy un fenómeno verdadero, bien podian ser abrumados en el lindero de la selva de Soignes, de grande espesura, muy difícil de cruzar despues de una derrota, mientras que al contrario, si ponian la selva de Soignes de por medio, con todos los cálculos de Napoleon daban por tierro, y le obligaban á retroceder sin demora con el fin de dar cara á la columna invasora del Este, despues de frustrársele todos sus planes. Así eligieran un juego seguro, en lugar de un juego aventuradísimo y muy peligroso.

De todos modos ya era positiva la batalla, que Napoleon habia deseado tanto, como en prueba de que ni el genio sabe lo que pide á menudo al fatigar á la Provideacia con sus instancias. ¿Y convenia dar la batalla desde la aurora? ¿Se debia preferir en Waterloo como en Ligny obrar por la mañana, y no por la tarde? ¡Ah! sí de fijo, mil veces sí, á ser posible calcular que en lugar de Grouchy á la sazón á tan corta distancia, se daría tiempo á que llegaran sesenta mil prusianos, sin que Grouchy lo notara siquiera, cuando la naturaleza toda veía marchar hombres, caballos y cañones al descubierta. Pero semejante cosa no era de suponer ni por asomo, y entretanto, no pudiendo manobrar la artillería, preciso era dejar que pasaran cuatro ó cinco horas para que el suelo reblandecido se ocrea y volviera á adquirir consistencia. Drouot, el mejor y mas sensato de los hombres, no se consolaba de haber dado el consejo de que se difiriese algunas horas la batalla (1), y aqui su

(1) Notas hallo muy curiosas, y muy interesantes, y es-

virtud erraba en su contra, pues en aquella estación se podía muy bien dar la batalla de Waterloo á las once de la mañana, cuando la batalla de Ligny no se había dado hasta las tres de la tarde, sin que esto obstase para la victoria. Ahora bien, el inconveniente de que se atascara su artillería, y se atollara su caballería, siendo sus dos mejores armas, consideracion era cuya importancia no podía ser desconocida por nadie. Verdad es que el resultado ha condenado al vencido, y que el resultado es un dios de hierro al cual adoran los hombres; pero el argumento de Drouot, al cual hubo

críticas ya hace largo tiempo por el coronel Combes Brasard, jefe de estado mayor del sexto cuerpo de tropas, al mando de Lobau, con el pasaje siguiente, que cito á causa de que pone en relieve la virtud de Drouot, una de las más eminentes de los tiempos modernos: dicho coronel se expresa de este modo.—Pocos dias estuvo el general Drouot en París despues de su proceso. Yo le visitaba frecuentemente, y á menudo la batalla del Monte de San Juan daba asunto á nuestras conversaciones. Cierto dia me dijo con el tono de un hombre que tiene al parecer necesidad de aliviar su alma oprimida:—Cuanto mas pienso en esa batalla, mas inclinado me siento á creer que fui una de las causas de que se perdiera finalmente.—¡Vos, mi general! A mas no se podría llevar la adhesion generosa de una noble amistad hácia su soberano.—Explicuémonos, mi querido coronel; yo no trato de cargar con culpas ajenas, sino de reclamar lo que me pertenece del todo, por mi cuenta y riesgo.—Y prosiguió de este modo.—

«Desde la primera luz del alba el emperador reconoció la posicion de los enemigos: su plan estaba deliberado, y sus disposiciones se hallaban tomadas para comenzar el ataque lo mas tarde entre siete y ocho de la mañana. Yo le hice observar que la lluvia habia ehado á perder los caminos y reblandecido el terreno de forma

de ceder Napoleon, era decisivo, y la posteridad no le censurará de fijo por haberlo tenido tan en cuenta.

Fijada la hora, siempre subsistia el plan de la batalla. A todas luces era excelente la idea de lanzarse sobre la izquierda de los ingleses, muy débilmente establecida, de arrollarla sobre su centro, de quitarles de este modo la gran calzada de Bruselas, única avenida practicable por entre la selva de Soignes, pues en esta manera de obrar se

«que habrian de ser lentísimos los movimientos de la artillería, cuyo inconveniente salvarian dos ó tres horas de retraso; y á este retraso acomodóse el emperador en seguida. Si de mi observacion no hiciera caso alguno, Wellington fuera atacado á las siete, y á las diez ya estaría batido, y á medio dia completada la victoria, y como á Blucher no le fué posible desembocar hasta las cinco de la tarde, en manos viniera á caer de un ejército victorioso. Como hasta medio dia no dimos el ataque, todas las eventualidades las pusimos del lado del enemigo.»

Me ha parecido oportuno reproducir este pasaje. A la verdad, cuando vemos á los autores de las mas graves faltas rehuir la responsabilidad que les toca de plano. Drouot, que de nada se debia culpar respecto de la batalla de Waterloo, pues no era una falta que en un dia de diez y siete horas se dedicaran tres ó cuatro á dejar que se creara el terreno, se acusaba de haber contribuido á la pérdida de la batalla, con hacer que se diera mas tarde. Por el resultado, sin duda fué un perjuicio enorme el retraso de tres horas, bien que segun todas las verosimilitudes no se debia tener por una falta, pues circunstancia capital era la consistencia del terreno para los que iban á tomar la ofensiva. Nueva prueba es esta de lo mucho que hay de azar en los sucesos militares, y de la necesidad de juzgar con mucha cautela acerca de las operaciones, en que á menudo el consejo mas sano conduce á los resultados mas lastimosos.

añadía á todas las demás ventajas la de separar á los ingleses de los prusianos. Desgraciadamente para los franceses cometieronse faltas en la ejecucion de tal designio. Sin duda se necesitaba atacar la quinta de Goumont á su izquierda, pero conviniera mejor destruirla á cañonazos que pensar en su toma á fuerza de hombres, extenuando así la izquierda del ejército de los franceses. A la vista de Napoleón ocultaba el bosque de Goumont este detalle, y de sentir es que el general Reille no siguiera el combate bastante de cerca para impedir un gasto de hombres tan infructuoso. Evidentemente no se debiera ir mas allá de la conquista del bosque, reservando las bizarras divisiones de Gerónimo, de Foy, de Bachelu, para el ataque á la planicie del Monte de San Juan, que era la operacion capital de la jornada.

Tambien el ataque de la Haye-Sainte en el centro y á lo largo del camino de Ohain contra la izquierda de los ingleses, ejecutado por masas compactas, é incapaces de operar contra la caballería, fué otra falta de táctica en un hombre como Ney tan hábil para las maniobras; falta que debió quizá ser sugerida por la idea que se tenia de la solidez de los ingleses, y que Napoleón no tuvo tiempo de impedir, á causa de que cuando la echó de ver ya estaban las tropas en movimiento, y así era tarde para cambiar sus disposiciones de ataque. Semejante falta fué sensible por extremo, pues hizo impotente una tentativa que debiera ser decisiva, y desde los principios engendró en el espíritu de los beligerantes una preocupacion favorable para los ingleses y desventajosa para los franceses.

Sin embargo, nada estaba comprometido de resultas, y soltando Napoleón su caballería, de los escoceses grises tomó prontísima venganza. Pero sobre aquel fúnebre campo habia levantado la cabeza un espectro espantoso, y éste espectro era el ejército prusiano. Napoleón previó el peligro de esta aparicion al golpe, y sin perder instante destacó al conde de Lobau sobre su derecha. ¿Acaso cabia en lo posible obrar mejor ni de otro modo para salir a este nuevo accidente? No, de seguro. Abandonar una batalla empeñadísima ya entonces, renunciar á sus planes, únicos que podian compensar la inferioridad de sus fuerzas, no era sino constituirse de propia voluntad en la condicion de vencido, cuando aun habia tanta esperanza de quedar victorioso, porque en suma no podia estar expedito para Bulow el camino, sin que para Grouchy lo estuviera de igual suerte, y licito era abrigar la esperanza de que si llegaba el uno, tampoco tardaria en asomar el otro. Así Napoleón continuó la batalla, si bien cuidando de que se prosiguiera mas flojamente. A Ney previno que se apoderara de la Haye-Sainte, lo cual privaba á los ingleses de su punto de apoyo en el centro, y aseguraba á los franceses el desemboque en la planicie del Monte de San Juan cuando quisieran descargar el golpe decisivo, y le recomendó especialmente que, luego de llevado á cabo, se detuviera hasta que se pudiese avalorar la trascendencia del ataque de los prusianos sobre la derecha. Con evidencia, tomar la Haye-Sainte y aguardar luego, era lo único hacadero en circunstancias de gravedad tanta.

Pero cediendo el mariscal á un ímpetu conver-



tido por la pesadumbre de sus vacilaciones del día precedente en furia, se precipitó sobre los ingleses, se apoderó de la Háy-Sainte con sin par de nuevo, y despues de haber reconocido muchas veces á la caballería enemiga durante este combate, poco á poco empeñóse con ella, y la siguió sobre la planicie, y viendo allí toda una artillería abandonada, le pareció llegado el momento decisivo, sucesivamente arrastró sobre la planicie á la caballería toda, y sóstuvo una lucha de gigantes, lucha intempestiva, como que á su disposicion no contaba infantería para llevarla á feliz remate, y así gastó las tropas francesas de á caballo, que empleadas oportunamente sirvieran mas tarde para ganar la batalla.

De consiguiente, los prodigios de Ney eran una desgracia, que no pudo impedir Napoleon, por haber llevado, no solo su infantería, sino su atención sobre la derecha. ¿Y qué hacer en tal caso? No habia otra maniobra imaginable que la adoptada por Napoleon al prescribir á Ney que se mantuviera sobre la planicie cuanto le fuera posible, mientras con la Guardia se iba á dar á los prusianos un terrible choque, para allegar la Guardia, luego que los prusianos fuesen repelidos, y arrojarlos con sus batallones sobre el ejército inglés y destruirle del todo. A los prusianos recibió y rechazó con un denuedo, de que solamente los viejos soldados de la Guardia conducidos por Morand eran capaces. Arrollado Bulow y destrozado entre Planchevois y Maransart, no perdió Napoleon un instante, y cumpliendo á Ney su promesa, con la Guardia reunida marchó á la planicie, para jugar allí en una accion desesperada su suerte, la del

imperio y la de Francia. Arrostrando cuatro de sus batallones un fuego horroroso, ya habian hecho pie sobre la planicie, y probablemente los otros iban á terminar la lucha, cuando presentándose el cuerpo prusiano de Ziethen de improviso, en catástrofe hizo parar una batalla, que aun podia ser una victoria, victoria sangrienta, cruelmente comprada, pero victoria al cabo. Segun el punto á que habian llegado las cosas, no podia menos de resultar de todo una derrota sin ejemplo, á causa de que no habia una sola reserva para allegar las tropas, y á causa de que la persona de Napoleon era la única que podia salvar esta falta, y aunque se mantenía de pie en medio de una hornaza de fuegos, las sombras de la noche le ocultaban á la vista de los soldados, y estos le creian muerto, y despues de un esfuerzo sobrehumano, ya su abatimiento igualaba á su exaltacion primitiva, y para colmo de desventuras se tenia al enemigo en frente, y de flanco y sobre la espalda. Todo concurría por consiguiente á convertir una batalla perdida en un inaudito desastre. Era el imperio que, despues de desmoronado en el año de 1814 y de vuelto á levantar en el año de 1815, se hundía al cabo á semejanza de un edificio gigantesco desplomándose de pronto sobre la cabeza del que se obstina en permanecer dentro hasta el último instante.

Imposible es negar que la desgracia fué inmensa; pero tambien es imposible sostener que no lo hiciera Napoleon todo por conjurarla durante la jornada, porque si retardó la hora de la batalla, fué por una necesidad física; si los generales Weille y Krlon cometieron faltas de táctica, se esforzó por enmendarlas al punto; si el mariscal Ney anti-